



PÍO MOA

**CONTRA
LA MENTIRA**

**Guerra civil, izquierda,
nacionalistas y jacobinismo**

Recopilación de artículos publicados en diversos órganos de la prensa en España durante los años 2001 a 2003, agrupados en función de los temas a que se refieren, unas veces relativos a la segunda república, la guerra civil o el régimen del general Franco, y otras a la cuestión religiosa, los nacionalismos o el funcionamiento de los partidos políticos. Se incluye un extenso apartado en el que aparecen reflejados aspectos concretos de la vida política, de los valores sociales, los modelos culturales, el sectarismo y la difusión de falsedades que afectan al presente y pasado de la vida española.

El autor expone en sus escritos los motivos que le llevaron a renunciar a esas doctrinas. Los artículos, surgidos como reflexiones sobre la realidad, abordan diversos aspectos debatidos hoy en amplios sectores de la sociedad española. El autor se declara enemigo de la mentira y acusa a los historiadores, sociólogos y políticos de la izquierda de ofrecer una visión errónea de los acontecimientos a los que se refieren. Defiende la necesidad de recuperar valores y tradiciones históricas, frente a la degeneración de las costumbres morales y sociales provocada por algunos medios de comunicación.

Nota previa

El título *Contra la mentira* requiere una pequeña explicación. Titular así un libro no deja de ser pretencioso: ¿alguien puede arrogarse el privilegio de la verdad? Y también innecesario: todo el mundo está contra la mentira y prefiere la verdad. Algunos –no muchos, probablemente– la prefieren incluso si la mentira les beneficia o la verdad les perjudica, pero no es cosa de dar vueltas aquí a esta restricción.

Denunciar la mentira no implica necesariamente tener un conocimiento claro de la verdad. La falsedad se nos aparece no sólo por contraste con su contraria, sino también por relación con sus efectos prácticos, aun si la verdad permanece difusa. Así, en la campaña política sobre la guerra de Iraq y el accidente del petrolero *Prestige*, que tanto daño causó en Galicia, parece claro el derecho de sus promotores, la izquierda y los nacionalistas, a criticar la posición del Gobierno, y seguramente muchos de sus argumentos y datos tenían un peso mayor o menor. Sin embargo, sus razones aparecían contaminadas por una masa de *chapapote* demagógico, manifiesto en sus efectos: la explotación de la sensibilidad pública por los partidos y personajes más totalitarios, o la crispación y violencia impulsadas por dichos partidos y otros presuntamente democráticos, que amenazaban extender por todo el país un

clima siniestro, ya olvidado en España (excepto, por desgracia, en Vascongadas). Tales efectos debieran bastar para que un ciudadano avisado rechazara esa campaña, aun si no acabara de tener claras las razones del Gobierno o no se identificara con ellas.

Tampoco es preciso muchas veces partir de una verdad para descubrir una falsedad. A menudo basta observar con cuidado las contradicciones o incoherencias de la versión mentirosa para percibir el fraude. Los artículos que siguen son en buena medida ejercicios de desenmascaramiento de la mentira por ese método.

Creo no ser el único, ni mucho menos, en sentir que la sociedad española actual sufre una auténtica marea de embustes y desfiguraciones, en especial –aunque no sólo, ni mucho menos– en torno a nuestro pasado reciente, menos superado de lo que parecía en nuestra actual democracia. Nadie debe subestimar el influjo del pasado sobre el presente, en este caso de un pasado mentido sobre un presente inquietante. De hecho, los fenómenos más amenazadores para una convivencia libre, fructífera y en paz de la sociedad española se asientan en una falsificación de la historia reciente. Así, el terrorismo, los nacionalismos que aspiran a hacer de España una imitación de los Balcanes, las pretensiones acusatorias y agitativas de partidos con un pasado muy distinto de la honradez proclamada en lemas publicitarios, etc. Esa mentira esencial, asentada en España por obra de campañas persistentes y masivas a través de los medios de masas y de una censura solapada, pero muy potente, esa mentira, digo, constituye un foco inagotable de demagogia, y la demagogia, no debemos olvidarlo, es el cáncer de las democracias.

Se ha instalado en la mentalidad popular la falsa idea de que la democracia consiste en que todas las tendencias y opiniones valen lo mismo. Nada podría ser más erróneo. La democracia –más propiamente, el liberalismo – permite exponer todas las ideas, pero la confrontación

entre ellas ha de facilitar, precisamente, la superación de las falsas o destructivas y la reafirmación de las mejor fundadas, en un proceso sin fin. Por eso la confrontación es indispensable, y un buen modo de evitar choques más físicos. Este libro se compone, precisamente, de artículos de confrontación en su mayoría, expuestos a la misma dureza en la réplica.

Los artículos han sido publicados a lo largo de tres años en *Libertaddigital.com*, el periódico dirigido por Javier Rubio y una de las aventuras periodísticas más estimulantes del país, repleta de sugerencias y críticas de muchas de las mejores plumas del panorama intelectual español. Espero que las mías no desmerezcan demasiado de la ilustre compañía.

Una advertencia sobre diversos términos utilizados. Como sabrán quienes hayan leído otros libros míos, empleo *Usa* y *useño* en lugar de *Estados Unidos* y *americano*, etc., no expondré otra vez por qué. También escribo los nombres vascos en su grafía castellana, así *Ibarreche*, en lugar de *Ibarretxe*, debido a que la forma castellana de ellos es ya tradicional y más antigua que la vascuence actual, y a que el castellano no es en modo alguno un idioma ajeno o extranjero a Vasconia, como pretenden los nacionalistas en uno de tantos desvaríos. También empleo para las provincias Vascongadas la palabra *Vasconia*, algo inadecuada por cuanto la Vasconia original pertenecía más bien a Navarra, pero dada la confusión de nombres creados por unos y por otros, empezando por el algo extravagante de *Euskadi*, puede servir a efectos prácticos.

Pío Moa
Septiembre de 2003

Sobre censuras y asuntos varios

1. Revisionismo

El término *revisionismo* ha vuelto a ponerse de moda en ciertos medios, aunque aplicado a cosa distinta de antaño. Los de mis tiempos recordarán esa palabra-policía usada para descalificar a quienes «revisaban» el contenido revolucionario y científico del marxismo. Revisionista equivalía, más o menos a «vendido al imperialismo», o a «agente de la burguesía en las filas obreras». Lenin se lo había aplicado a Bernstein y a Kautsky, y los maoístas a los soviéticos posteriores a Stalin. En España, el revisionista por excelencia era Carrillo.

Éste seguía siendo marxista-leninista, pero se engañaba a sí mismo pensando en implantar la dictadura socialista mediante una peculiar mezcla de lucha legal e ilegal. Siendo débil, la transición le obligó a prescindir de la ilegal, y el fruto de su renuncia fue el hundimiento progresivo de su partido, aunque no habría ocurrido de otro modo de haber seguido fiel a la doctrina.

El término era perfectamente contradictorio cuando se empleaba en defensa de la pretendida ciencia marxista, pues la ciencia, precisamente, exige una continua revisión o «falsación», por emplear la fea traducción del término

de Popper. Oponerse a la revisión es oponerse a la ciencia.

Pero ahora oigo la misma palabreja, con sentido denigratorio, aplicada a quienes en España ponemos en cuestión muchas supuestas verdades contadas en estos años sobre el pasado español. Un nutrido grupo de historiadores y políticos ha elaborado una visión de la República y la guerra civil que, por lo visto, consideraban impecable e intocable. Habían llegado a un «consenso», como asegura el historiador (más o menos) Tusell en expresión igualmente acientífica, aunque muy propia de la política, y fulminaban, silenciaban o «erradicaban» a quien les llevase la contraria. Ahora corren malos tiempos para ese consenso anticientífico, y los consensuados se llaman entre sí, a grandes voces, a cerrar filas contra el «revisiónismo».

Esa gente va con la peor intención. Al parecer, en Alemania negar el Holocausto, a lo que suele llamarse «revisiónismo», está prohibido. La prohibición es discutible desde el punto de vista científico, pero políticamente se justifica tanto en la imposibilidad de negar los numerosísimos testimonios de la matanza, como, sobre todo, en la doble injuria infligida a los supervivientes y familiares de los asesinados en masa sin haber realizado agresión previa alguna contra los alemanes en general o contra los nazis en particular. Ladinamente, los enemigos del «revisiónismo» español intentan transmitir la impresión de que aquí habría ocurrido lo mismo que en Alemania y que debería imponerse igual censura. Pero no es así en absoluto. En España hubo atrocidades y terror por parte de los dos bandos, no sólo de uno, como intentan dar a entender grupos como el de «Recuperación –envenenamiento, más propiamente– de la memoria histórica». Además, tal situación fue el desenlace de una intensísima presión revolucionaria que terminó por destruir la República. Todo esto es silenciado cuidadosamente por quienes acusan a otros de «revisiónismo» –es decir, nos acusan de practicar la

más elemental exigencia del método científico— y aspiran a adoctrinar a la población en general, y a los jóvenes en particular, en una versión cuya abundante falsedad sale a la luz a borbotones a la primera indagación crítica.

Pero la verdad nos hace libres, y la mentira nos esclaviza y nos hunde en el rencor. Por eso es imprescindible revisar sin falsos respetos todas las falsificaciones que nos han venido sirviendo en estos años.

(6/3/2003)

2. Club de amigos de la censura

Últimamente van del brazo a todas partes el PSOE e IU, es decir, un partido que se ha democratizado a medias —amenazó gravemente las libertades cuando estuvo en el poder—, y otro que no se ha democratizado en absoluto, aferrado a las supersticiones marxistas y a sus simpatías por regímenes como el de Fidel Castro. A su vez, ambos van del brazo del PNV y del BNG, otros dos campeones de las libertades, muy interesados, además, en mantener la armonía y la unidad entre los españoles, como sabemos.

Uno de los aspectos de esa amistad entre todos ellos, que no es nueva en la historia, me afecta directamente, aunque sus implicaciones van mucho más allá de mi modesta persona. Tras mi entrevista con Carlos Dávila en TVE2, el miércoles pasado, IU y PSOE montaron una protesta, tachando el programa de «escandaloso, preconstitucional y franquista», simplemente porque en él se expresaron ideas contrarias a las de esos «demócratas». Sus dicterios ocultaban muy mal su deseo de establecer una censura, y su chantaje contra los autores del «desaguisado». Los mismos argumentos, por llamarlos de algún modo, utiliza-

ba el pobre Tusell en *El País*, y en la SER se pasaron tres o cuatro días insultándome y pidiendo la cabeza de Dávila.

Leo ahora que estos adalides de la libertad van a presentar una proposición no de ley para destituir a Urdaci de la televisión. Según ellos, «la imagen de RTVE ante la ciudadanía se encuentra en el peor momento de su historia democrática». Aunque es cierto que la televisión pública revuelve el estómago, como las privadas, y salvo contados programas, yo creo que se encontraba algo peor cuando trataba de encubrir la marea de corrupción aportada por el PSOE en sus tiempos de gloria. No les falta razón a los sociatas al criticar algunos aspectos de la manipulación televisiva del PP. Pero, cuando descendemos a detalles, vemos claramente cuál es el objetivo real de esa denuncia: amordazar cualquier opinión disidente no izquierdista. Así (vuelvo a lo mío), en el punto octavo de su protesta señalan la «selección de entrevistas arbitraria, partidista y en ocasiones poco justificable como la emitida por el exgrupo Pío Moa». Verdaderamente, ¡qué gentuza!

Si bien en lo político el PP manipula la televisión a su favor –con mucha torpeza, también–, en el terreno cultural la manipula mucho más, pero completamente a favor del PSOE e IU. Los programas culturales y de contenido ideológico de la televisión parecen estar casi por completo en manos de la izquierda o de simpatizantes de ella, entre otras cosas porque la derecha cree que ese campo no tiene mayor importancia. Tanto en la televisión pública como en otras, el mensaje cultural –por así llamarlo, una vez más– de la izquierda predomina de modo abrumador. Mi entrevista fue simplemente una excepción, una brecha que quieren cerrar a toda costa haciendo rodar cabezas y escarmentando a quien haya que escarmentar... en nombre de la libertad y el pluralismo. Porque la habilidad de estos señores, ahora como en la República que ellos mismos destruyeron, consiste en buscar la censura bajo el lema de

la libertad, y la dictadura bajo la bandera de la democracia.

Me pregunto si habrá una reacción contra esta seria amenaza, o si seguiremos deslizándonos hacia la ciénaga.

(25/2/2003)

3. Conversos y arrepentidos

Si bien la política tiene sin duda una proyección religiosa, no conviene mezclar de cualquier manera las dos cosas ni los dos lenguajes. Pero se hace, y lo hacen muy especialmente quienes más presumen de laicos. ¡Con qué fruición suelen éstos motejar de conversos a unos u otros discrepantes políticos, suponiendo que así los descalifican de manera inapelable! A todos los inquisidores les han molestado siempre mucho los conversos, y el uso de la palabreja, siempre en plan persecutorio, no deja de ser un indicio de espíritu inquisitorial, éste sí mucho más político que religioso.

En política sólo cabe llamar conversos, por analogía, a quienes abrazan ideologías parareligiosas, de las que esperan la solución de los problemas de la humanidad. Por ejemplo, yo fui en otro tiempo converso al marxismo, como muchos de mi generación, unos consecuentes y otros acomodaticios, pero en fin, conversos más o menos. Algunos se han convertido luego a otra ideología también seudoreligiosa. La palabra no debe aplicarse, en cambio, a quienes hemos dejado tales ideologías y procuramos dar al cesar lo que es del cesar –es decir, no mucho–, y no esperamos que el cesar nos redima de nuestra condición. Aunque hoy el marxismo, el fascismo y el anarquismo parecen residuales, la concepción parareligiosa de la política continúa muy extendida, sobre todo en el laicismo de raíz jacobina, cultivado por *El País*, el PSOE y otros, incapa-

ces por ello de imaginar un cambio distinto de una conversión.

Lo mismo puede decirse del arrepentimiento. Una reseña del libro *De un tiempo y de un país* decía que yo estaba arrepentido de mis viejos avatares. ¿Cómo lo sabe el que así escribe? Y además, ¿qué le importa? El arrepentimiento sólo lo conoce quien lo experimenta, es un sentimiento íntimo, también de fondo religioso, sobre el que resulta gratuito especular exteriormente. El autor de esa reseña lo decía en plan elogioso, aunque perfectamente equivocado; otros emplean el supuesto arrepentimiento con intención ofensiva y desdeñosa, como si el así definido se estuviera arrastrando y cubriendo de ceniza ante la egregia persona del definidor. Vanidad mucho más equivocada todavía, y harto infantil.

Uno de estos últimos me flagelaba con el célebre dicho de Spinoza: «El arrepentimiento no es una virtud, o sea, no nace de la razón; el que se arrepiente de lo que ha hecho es dos veces miserable e impotente». El único significado de la frasecilla es que el buen Spinoza no creía haber hecho nada malo en su vida, o, al menos, nada malo que tuviera importancia. ¿Por qué esa bobada gustará tanto a tantos que no son, desde luego, spinozas?

(15/6/2002)

4. Arrepentimiento

Sobre el artículo titulado *Conversos y arrepentidos*, me escribe mi amigo Javier Ruiz Portella:

«¿Por qué el sentimiento moral –y por ende cosas como la culpa y el arrepentimiento– sólo sería válido en el ámbito religioso y no tendría nada que ver con el político... donde se cometen precisamente los mayores desmanes y tropelías? ¿Cómo que no te arrepientes de tu pasa-

do? No es sólo un tremebundo error lo que cometimos: nos sumimos a la vez en la mayor de las iniquidades, fuimos partícipes del sistema ideológico que más decenas de millones de seres humanos ha asesinado (por hablar solamente de esto) en toda la historia de la humanidad. Reconocerlo y arrepentirse (sin aspavientos, por supuesto) constituye –a diferencia de esa vil gentuza que ha abandonado (más o menos) el totalitarismo como si aquí no hubiera pasado nada– nuestra mayor honra. Me acordaré toda la vida de que, poco tiempo después de haber llegado a Hungría en 1971, me di cuenta de lo que era aquello y de en qué sistema estaba yo implicado, me pasé toda una noche llorando, abrumado por una culpabilidad tal que ríete tú de la de Raskólnikov. Y pensando en los ruines esos que han cambiado de camisa como el que no quiere la cosa (en realidad no la querían, ¡claro!) siempre me había dicho que se tenía que desconfiar de quienes no hubieran conocido en alguna medida semejante culpabilidad».

Magnífica exposición, con la que estoy de acuerdo. Pero creo que una crítica teórica del marxismo o de otra ideología por el estilo, o bien un relato coherente de sus hechos, sirve para evitar que otros caigan en la misma trampa, y por ello tiene un valor práctico. En cambio, manifestar arrepentimiento no sirve de nada en política, aparte de que cualquiera puede dudar de la sinceridad del arrepentido. Los partidos comunistas exigían a los discólos o descarriados una clara manifestación de arrepentimiento. ¿Por qué? Por su ideología parareligiosa, precisamente; y ello, en el ambiente sectario, tenía un valor evidente, como refuerzo de la secta. Pero no fuera de ahí.

Para poner un ejemplo menos inmediato y personal, fue Alcalá-Zamora, y no la izquierda, quien precipitó e hizo inevitable la guerra, que quizá no habría recommenzado si aquel político cristiano-progresista hubiera dejado a la

CEDA aplicar su programa. Y Azaña empujó por el camino bélico desde 1935, al aliarse con las fuerzas más violentamente revolucionarias y propugnar un programa antidemocrático y revanchista con respecto a la insurrección de octubre del 34. Ni uno ni otro muestran en sus memorias el menor arrepentimiento, pero no creo que ello importe mucho. En cambio echo de menos un análisis racional de sus propios actos y actitudes, también ausente de sus escritos. Ambos ostentaron los cargos más decisivos de la República cuando ésta se precipitaba a su violenta destrucción, pero si hemos de creerles, no tuvieron nada que ver con tal desenlace.

Esto, desde un punto de vista político y racional, tiene la mayor relevancia, mientras que la cuestión del arrepentimiento sólo la tiene desde un enfoque religioso, lo cual es otro problema, u otra dimensión del problema.

(20/6/2003)

5. Calidad de vida

Antes se decía «nivel de vida», pero hace años se encontró un concepto mejor: «calidad». Hoy casi todo el mundo habla de «calidad de vida». Los políticos o los economistas, los *camellos* o los bingueros, explican cómo un nuevo parque, o una escuela, o un coche, o un chalé, o una nevera, mejoran notablemente la «calidad de vida» de una región, de un barrio, una familia o la suya particular. La expresión se cuela inadvertida por doquier, hasta entre las gentes más serias.

Pretender medir la «calidad» de algo tan misterioso, variado e insondable como la vida humana es ya idea bárbara, de una necedad asimismo insondable. La expresión, en realidad, significa «cantidad y calidad de consumo», y eso quieren decir quienes la emplean. Pero no hay equivo-

cación al respecto: para cada vez más gente, la vida se reduce a su nivel de consumo –desde ordenadores a sexo o «cultura» (la «oferta cultural» famosa)–. Y ese mensaje chorreaba sin descanso desde la publicidad, la televisión, la política...

La brutalidad del concepto no radica en que el consumo sea despreciable –aunque puede serlo–, sino en la pretensión de hacerlo definidor del valor (la calidad) de la vida. Según eso, un parásito bien situado habría tenido una vida de calidad muy superior a la tan asendereada de Cervantes, una prostituta «fina» a la de una afanada y honesta ama de casa, un traficante de drogas exitoso a la de un poeta de valor apreciado tardíamente; o, en general, la vida tosca, trivial y pesada de los españoles actuales tendría mucha más calidad que la de sus compatriotas del siglo XVI, tan pobres, pero tan destacados en la historia y la cultura; o que la de los griegos de la época clásica, más menesterosos todavía.

No hay forma, desde luego, de medir la calidad de la vida de una persona; pero quizá se podría medir aproximadamente la de una sociedad, atendiendo a los exponentes negativos de su estado mental y moral: índices de suicidios, presos, delincuencia juvenil, asesinatos, robos, drogadicción, alcoholismo, divorcios y separaciones, embarazos de adolescentes, violencia y fracaso escolar, delitos y enfermedades sexuales, perturbaciones mentales, horas ante el televisor, etc. Alguna institución debería estudiar y refinar una serie de tales índices, facilitando datos comparativos de unos países y otros, y unas regiones y otras. Lograríamos así una aproximación a la «calidad de vida» superior a la hoy tenida por tal.

(16/10/2001)

6. Un escándalo penoso

No compro la prensa los domingos por no cargar con los suplementos, que, sin excepción por mí conocida, son basura en una proporción excesiva para mi capacidad de aguante, y por eso sólo me he enterado indirectamente del lío montado en el dominical de *El Correo* por la censura de un artículo de Javier Marías, empujando a éste a poner fin a sus colaboraciones y, se dice, también a las de Arturo Pérez Reverte.

El motivo es que Marías y Pérez Reverte se han metido con la Iglesia, cosa que el grupo Correo encuentra inadecuada, más o menos como el grupo Prisa encuentra inadecuado el apoyarla. El artículo de Marías era, sin embargo, inofensivo. Mejor dicho, habría sido inofensivo si el periódico hubiera permitido a alguien replicar debidamente; pero como esa costumbre democrática ha desaparecido prácticamente en España –lo cual acentúa el «efecto basura» que produce casi toda la prensa– el grupo Correo ha optado por la solución más dictatorial y medrosa: la censura.

El artículo de Marías, en el más arraigado estilo carpetovetónico, sustituye los argumentos por una exhibición de autoridad. La Iglesia católica, nos informa, «me trae tan sin cuidado», «la considero tan ajena a mis inquietudes y preocupaciones», «cómo explicarlo, para mí es una de esas cosas que cuanto más lejos mejor. Ni siquiera quisiera rozarme con ella para combatirla, porque hay contrincantes que lo contaminan a uno con su solo contacto, aun si acaba derrotándolos», etc. Vale, pero eso ¿qué coño importa? Carece del más mínimo valor, salvo para la vanidad del novelista.

Y además, no es cierto, como él mismo pasa a aclararnos. La Iglesia le provoca auténtico interés, incluso obsesión, por los desmanes que le achaca, de la mayor relevancia en la vida social: «Esa Iglesia no me atañe, excepto cuando invade terrenos políticos (y claro, eso sucede a